

ROBERT WALSER

EL PASEO

Prólogo de Menchu Gutiérrez

Traducción del alemán de
Carlos Fortea

 Siruela

Libros del Tiempo

Índice

Disciplina y regalo	
MENCHU GUTIÉRREZ	9
El paseo	13

Disciplina y regalo

«Sin pasear estaría muerto».

Para el incansable caminante que fue Robert Walser el paseo no solo constituía una fuente de salud o una rutina placentera; ese contacto con «el mundo vivo» era un poderoso germen creativo, un inagotable alimento poético y espiritual. Tan extrema sentencia anunciaba que el paseo era su razón de ser.

«Con supremo cariño y atención ha de estudiar y contemplar el que pasea la más pequeña de las cosas vivas», desde un mosquito o una mariposa a «un pobre y desechado trozo de papel de escribir, en el que quizá un buen escolar ha escrito sus primeras e inconexas letras».

El escritor se rebela contra quienes restan valor al paseo, quienes sospechan de él, ponen el tiempo en una balanza y analizan sus réditos. ¿Quién osaría poner precio a la poesía?

Pasear es un placer y, también, una suerte de disciplina de la esperanza; porque el verdadero paseante es aquel que se mantiene en un estado de máxima alerta, siempre atento a los regalos que el camino pueda ofrecer.

Todo resplandece en los paseos de Walser, en los que se mezclan arrebatos y caídas, en los que las ideas se elevan y se abisman con la más extraña naturalidad. Lo conocido deviene en un instante irreconocible, hasta el punto de que el paseante parece perderse en sus propias huellas.

Walser defiende las miniaturas de la cotidianidad y los encuentros con manifestaciones extrañas. Él dota de materialidad a los fantasmas sin cuerpo del camino y, a su vez, estos lo animan a él y le dan forma. Se diría que fantasma y paseante se crean el uno al otro. «Porque al pasear surgen todo tipo de ocurrencias, de relámpagos y de luces de magnesio». El amante del vagabundeo vuelve una y otra vez al camino, ese que ve siempre como si fuera la primera vez.

Walser es el escritor de la diferencia, de lo extraño, de lo inesperado. La pureza de su mirada, no exenta de sentido crítico, cohabita milagrosamente en su literatura con la ironía más exacerbada, con un humor casi incomprendible que sin embargo nos arrebató. El escritor se ríe de las cosas más insospechadas en los momentos más insospechados, y esa risa que es una especie de traje interior con la que se visten sus sentimientos actúa en el lector como una descarga eléctrica: nunca está donde se la espera.

Walsler es también un cultivador de la duda; tan pronto el mundo de los objetos, de los acontecimientos, se traduce en palabras, el escritor parece someterlos al foco de una lente que las palabras no pueden resistir. Lo que en ocasiones parecería una caprichosa colección de contradicciones es más bien una desautorización a los sentidos, a la percepción: las cosas son y no son, las cosas suceden y no suceden, suceden en un plano y no lo hacen en otro.

El poeta duda incluso de su propia pluma, de las palabras que acaba de escribir y que a renglón seguido parece querer borrar, como un zarpazo que recorriese el camino de una caricia recién esbozada. Su prosa se desborda y de pronto se para en seco. Es el freno de la risa que parece clausurar cada una de sus incursiones mundanas.

Hay una clase de ocultación final en Walsler, un misterio que sobrevive a cualquier análisis; uno que, aún después de ser analizado y colocado en la mirilla del microscopio, continúa siendo un misterio. No es posible explicar la radical diferencia de su estilo salvo apelando al misterio de la poesía, esa que practicó siempre, incluso, y aunque parezca chocante, a pesar de sí mismo. La imaginación del lector deberá, entonces, terminar muchas de las frases incompletas o exentas que vibran en su obra.

El final de su vida parece latir en cada uno de sus libros, su manera de desentenderse de cualquier forma de poder, de desdibujarse en la nieve que tanto amó.

«Sin pasear estaría muerto». Walser no había escrito una frase sino una sentencia solo aplazada que estaba dispuesto a cumplir.

Quien dijera que debía ir por el mundo «defendiéndose con uñas y dientes para mantenerse erguido», quien declarase que se dejaría caer solo cuando no pensara levantarse más, cayó sobre la nieve y murió, el día de Navidad de 1956, tras salir a dar el que sería su último paseo.

MENCHU GUTIÉRREZ

Noviembre, 2016